

Lleve su cajita infeliz de McDonald's

¿Cuántas hamburguesas debe dejar de comer un niño para superar el bullying?

Escrito por: Adriana Carolina Parra Martínez.

El primero de los niños apuntó y pateó en repetidas ocasiones un balón que terminaría por rebotar en las nalgas gordas del segundo. En los últimos diez minutos del descanso dos niños se disponían a defender el honor que estaba en juego.

El primer niño era delgado, de baja estatura y su corte de pelo semejaba una totuma; el segundo, Nicolás, era unos centímetros más alto, regordete, con los cachetes colorados de tanto jugar y con un corte más bien clásico. Por la cara de los dos corrían gotas de sudor que se marcaban en la resequedad de la piel.

Nicolás Escobar trataba de esconder con una risita la rabia que sentía al escuchar como le gritaban "culo de sandía" y le pegaban durante casi todo el partido. El primer niño había repetido al menos unas diez veces la acción de golpear el balón, pegarle a Nicolás y echar a reír.

La pelea tuvo lugar en una de las canchas de fútbol del colegio La Salle en Bogotá, eran aproximadamente las once de la mañana y los niños de 12 años se enfrentaron con miradas retadoras, una llena de rabia y la otra llena de burla. De un empujón

Nicolás tumbó al suelo al niño con el peinado de totuma y este se llenó de ira por la brusquedad. De un jalonazo tumbó a Nicolás y lo tomó por el cuello, Nicolás enceguecido por las burlas emprendió una batalla de puñetazos y mientras retenía las manos del contrincante lo montaba ferozmente. Después de unos instantes los separaron aunque los hijueputazos continuaron por unos minutos.

La pelea quedó ahí, pero la mente de Nicolás siguió maquinando enojo y las decisiones que se tomaron después marcarían el fin de las burlas.

“Ilegué a pesar 70 kilogramos, ni siquiera a esta edad peso eso”, dice. Nicolás es un muchacho alto, al menos para mí. Mide 1.76; su piel es clara con pigmento dorado, semejante al color de la mantequilla; tiene cabello negro y un corte clásico que mantiene desde los 12 años; es delgado, quien no lo conoce pensaría que su contextura ha sido así durante toda la vida; tiene un arete y cuatro tatuajes, cada uno con historias diferentes pero ninguno que le recuerde el hecho que cambió su vida.

Su mamá se llama Mónica, ella me cuenta que esperaba la hora de la cena para ir con Nicolás por una hamburguesa en McDonald's, pero una hamburguesa en la cena de una noche se convirtió en muchas hamburguesas de las cenas de muchas noches. Normalizaron la comida chatarra hasta convertirla en rutina y, según ella, hasta en exigencia de Nicolás. Una noche de tantas había promoción. Papas, gaseosa, Big mac, helado y dulce; Nicolás pidió un combo y además de eso pidió una hamburguesa de queso. “Ahí cambió la cosa, me di cuenta que lo que parecía

algo inofensivo se me estaba saliendo de las manos". Ya no le causaba tanta ternura ver a su hijo cacheton comiendo de esa manera.

La abuela Elvia sabía el daño que estaban causando en Nicolás y por eso nunca estuvo de acuerdo con su apariencia "yo le decía que estaba como un marrano, porque estaba como un marrano". Ella siempre ha preferido que se sigan los estándares de belleza, los clásicos. Quería ver un hombre delgado, elegante y bien peluqueado. Ella pensaba que no estaba bien pasar por alto el estado de Nicolás. Pues según un estudio de la ACEMI (Asociación de empresas de medicina integral) uno de cada seis niños presenta obesidad en Colombia y Nicolás hacía parte del selecto grupo. El era uno de seis niños.

Después de la pelea en la cancha de fútbol del colegio La Salle, aproximadamente a las 11:30 de la mañana Nicolás se canso de verse así, se cansó de sentirse así y sobre todo se canso de que se burlaran así. El no tiene fotos a sus 12 años porque no estaba conforme con su apariencia física. Necesitaba una escapatoria.

La escapatoria duró tres meses, no comía nada de hamburguesas. Si Nicolás comía una hamburguesa diaria, en tres meses son aproximadamente 90 hamburguesas. Y son 90 hamburguesas las que debe dejar de comer un niño para superar el bullying. El verdadero problema no estaba en dejar las hamburguesas. Nicolás optó por dejar de lado todo lo que fuera comestible. Ni lonchera, ni almuerzo, ni cena. "Era premio doble, adelgazaba y ahorra". No le veo ninguna falla a su lógica, excepto por la osteoporosis, deshidratación, pérdida de músculos, fatiga, las arritmias cardiacas,

piel seca y hasta la muerte que, según la Asociación Nacional de Trastornos de la Alimentación causa la anorexia.

Según el Ministerio de Salud se considera que un niño es obeso cuando supera el 20% de su peso ideal. Los análisis del hospital pediátrico de Stanford señalan que un niño de 12 años debe pesar 41 kilogramos. Si Nicolás pesaba 70 kilogramos a sus 12 años quiere decir que estaba 71% más arriba de su peso ideal. Nicolás sufría de obesidad.

Nicolás ha estado jugando con el cordón del saco gris que lleva puesto. Supongo que le resulta incómodo hablar de un tema tan personal con alguien que no conoce. Me va soltando información muy valiosa aunque en un principio le es imposible disimular que hay detalles que omite.

En el colegio, el almuerzo se pagaba con un talonario, cancelaban los 30 días del mes y a cambio les entregaban 30 tarjetas con las cuales se reclamaba el almuerzo. “ Nos dimos cuenta que Nicolás no estaba yendo al restaurante del colegio porque nos enviaron una carta firmada por rectoría la cual decía que el niño no iba hace tres meses a recibir la comida”, me comenta su papá.

Por esos días, Nicolás había empezado a pedirle a sus padres que le compraran correas, cosa que se les hizo muy extraña porque los pantalones siempre le quedaron justos. Entonces, la carta y las correas confirmaron que Nicolás sufría de anorexia y llegó a pesar kilogramos. “Le tocaba los brazos y le preguntaba que dónde había dejado los músculos, dice su papá. “Las clavículas se me notaban,

cosa que nunca había pasado”, me comenta Nicolás. “Ya no tenía los cachetes tan bonitos que tenía antes, ahora parecía una marioneta, un mosco ”, recuerda su mamá.

Se quitó una gran carga de encima (22 kilogramos). Me comenta una y otra vez que esa no era la forma pero que después de casi 4 años por fin se sentía bien consigo mismo, llegaron más amigos, nuevos gustos y hasta ropa nueva.

“Me putearon reduro cuando se enteraron, me decían que esa no era la manera de adelgazar y comencé a comer más sano y a practicar un deporte. Encontré un refugio en el basketball”, dice. La familia tenía un nuevo deportista, resultó ser ágil y apasionado.

Nicolás entró al equipo del colegio, su primo lo acompañaba a las 9 de la noche al parque a practicar las cestas porque era el único tiempo libre. Además todos los descansos y días libres jugaba basketball con sus amigos. Era tanta la afición que en un año le compraron cinco pares de zapatos para el uniforme de gala y los cinco pares los rompió, hasta que lo amenazaron con dejarlo sin zapatos si los volvía a romper. Todavía conserva los últimos zapatos casi nuevos porque decidió jugar descalzo. “Me sentía orgulloso de que nicolás encontrará algo que le gustara de verdad”, cuenta su padre.

La mamá de Pablo, su mejor amigo del colegio, trabajaba con los piratas (el equipo con más tradición del baloncesto en Colombia) y les dijo que si le metian ganas e

interés al equipo que estaban formando, ella buscaría la forma de dejarlos pertenecer al club piratas de Bogotá. "Yo estaba emocionado" y aunque nunca llegaron a ser parte de Los Piratas, entrenó que la delicada piel de sus pies empezó a generar ampollas gigantes por el roce de los zapatos. Ampollas de sangre dentro de las ampollas.

Un día en el descanso le mataban los pies, sentía como si las plantillas de sus zapatos hubiesen sido reemplazadas por miles de agujas, pero Nicolás siguió jugando sin prestarles atención a los pinchazos. Al llegar la noche, ya próximo a dormir se quitó los zapatos, sus medias blancas se habían tornado color rojo carmesí por la sangre seca y la carne se encontraba pegada a la tela de las medias. Un dolor infernal. Despegó de un tirón las medias de los pies y enjuagó con alcohol, no podía hacer demasiado escándalo porque si se enteraban sus papás no lo dejarían jugar al menos por un par de semanas. Ahora sus pies se encuentran forrados por una resistente capa de callo.

En uno de los armarios de su habitación conserva el primer balón de basketball que tuvo, era marca Wilson y se lo regaló su papá. El color naranja que recubría la superficie del balón se ha transformado en negro con el paso del tiempo; las letras "Wilson" estampadas en color negro brillante y delineadas con blanco ya se borraron; la textura semejante a la piel de gallina con diminutas montañas se han terminado por alizar. Nicolás lo guarda con cariño y lo cuida como un tesoro porque le trae recuerdos de algunos de los mejores años que ha tenido.

Dutany
Carolina P.

En medio de la rutina universitaria con los horarios más apretados que los pantalones de la infancia y con los nuevos hábitos de intenso estudio le quedaba menos tiempo para practicar. El poco tiempo que le queda libre lo utiliza para jugar basketball y es justo en ese tiempo libre en el que verdaderamente llega a sentirse libre.

En ocasiones tiene miedo, pero es normal. El pasado tiende a asustar cuando se ha vivido con tanto dolor. Afortunadamente el dolor termina por convertirse en un gran motor, siempre y cuando tengamos ganas de seguir adelante. Para el caso de Nicolás el motor del dolor trajo a su vida lo que le ha brindado las más grandes alegrías, el basketball.